EL ESPIRITU DE LA POESIA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA (*)

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

VENID quedamente y contemplemos juntos la repetida maravilla. Una mesa desnuda. Sobre ella, un papel blanco. Sobre el papel, una mano de hombre va trazando, línea a línea, signos menudos y desiguales. Sobre la mano, mirando al papel o perdiéndose en infinitud fingida, un rostro joven, unos ojos sedientos de ver. Está naciendo un poema. Mientras casi todos los demás cuidan de su propio haber, la mano del poeta escribe, tacha, recompone. Días, meses, siglos más tarde, otros hombres aprenderán lo escrito, escudriñarán el haz y el envés de esas palabras, se descubrirán a sí mismos en ellas, sentirán que el tiempo se detiene cuando se las pronuncia lentamente...

¿Hemos pensado con cierta seriedad lo que hace el poeta en el teatro del mundo, su papel entre los hombres? Cuando

(*) Las páginas subsiguientes reproducen el texto de una conferencia pronunciada en Hispanoamérica. Esto justificará tal vez a los ojos del lector español la relativa prolijidad con que son consignadas noticias biográficas aparentemente obvias.

se escriba una sociología a la altura de lo que exige la dignidad del ser humano, no faltará en ella un capítulo en que tal interrogación sea debidamente contestada. Para lo cual habrá que resolver con suficiencia otra cuestión anterior: ¿qué es el poeta? ¿Qué hace el poeta, no en el mundo, sino previamente a su operación en él: esto es, cuando, a solas con su papel blanco, crea el poema? ¿En qué consiste eso que llamamos «hacer poesía»? ¿Qué es el acto poético?

Cuatro son las respuestas que, en mi entender, cabe dar a las interrogaciones precedentes, y de las cuatro necesitamos para entender lo que vendrá a continuación. Dice la primera: el *poeta imita*, trata de expresar mediante la palabra el contenido de su mundo exterior o de su mundo interior. Es la concepción antigua del arte poético: *ut pictura poesis*, según la fórmula horaciana. La segunda respuesta dice así: *el poeta crea*, finge con su expresión verbal realidades virginalmente nuevas o modos inéditos de las realidades conocidas. Oíd a Calderón cuando por boca de Rosaura describe

...rayo sin llama,
pájaro sin matiz, pez sin escama
y bruto sin instinto
natural...

¿No consiste el acto poético del dramaturgo en crear imaginativamente una imposible realidad? Dejemos ahora el arduo problema de los límites, el sentido y la intención de las creaciones poéticas. Además de crear e imitar, *el poeta adivina* zonas de la realidad o modos de vida pasados, presentes o futuros. Hölderlin y Leopardi, por ejemplo, vaticinaron el pasado sobre los restos de la Antigüedad Clásica. Cuando Jorge Guillén canta la patente y redonda entidad del mundo a la luz de la primavera:

¡Oh realidad, por fin
real, en aparición!
¿Qué universo me nace
sin velar a su dios?

adivina poéticamente la realidad metafísica de las cosas, esto es, una dimensión de su presente. Y cuando, inmerso todavía en la tiniebla de la Edad de Hierro, sospecha el beocio Hesiodo la llegada de una nueva edad, basada en el trabajo y en la justicia—«No hay oprobio en trabajar; el oprobio es no hacer nada... Al que deliberadamente se pronuncia por la justicia, Zeus, el de la ancha mirada, le da la prosperidad...» *(Trab.* 308 ss.; 280 ss.)—, su tosco estro campesino está adivinando la vida griega del futuro. El poeta, prodigiosamente abierto a la oculta verdad del pasado, del presente o del futuro, es ahora, en sentido estricto, «vate», adivinador, vidente, y así se entiende que la naturaleza pueda imitar al arte, según la sabida sentencia wildiana. Algo más hace, sin embargo. Además de imitar, crear y adivinar, *el poeta canta:* toma la materia de su simulacro, el cuerpo de su criatura o el contenido de su pálpito, los viste de palabras—bellas, precisas—y los ensalza sobre la cabeza de los hombres. Con ademán épico o con lírico recogimiento, el poeta dice siempre, aunque no se le oiga, su *arma virumque cano.* Canta; esto es, ofrece. El canto del poeta es un ofrecimiento de su intuición y de su expresión poéticas a la mujer amada, a un grupo de hombres, a la humanidad, a Dios.

Pero la obra poética no adquiere su total entidad mientras no se difunde. El *pulchrum,* como del *bonum* dice la vieja sabiduría, es también *diffusivum sui,* y pide una amorosa traslación de ojo en boca, de boca en oído, de oído en alma. La intención de la obra poética—su «sentido intencional», como dicen los fenomenólogos—sólo se cumple cuando el lector y el oyente la comprenden en su alma y actualizan en múltiples «sentidos impletivos» analógicos aquella intención originaria. Es entonces cuando el poema y el poeta adquieren una significación social. Supuesta la difusión del poema, ¿qué hace en la comunidad humana que lo recibe y actualiza? Cuatro son también, a mi juicio, sus acciones cardinales. En primer término, *el poema divierte.* Quiero decir: saca al lector de su negocioso tráfago cotidiano y le ins-

tala en un mundo posible, más bello, más rico o más punzantemente significativo que el real en que existe. En segundo lugar, *el poema revela*, descubre al lector o al oyente realidades y modos de la realidad a los cuales es ciega su existencia cotidiana. Por otra parte, *el poema entusiasma*, hace vivir al individuo—por un minuto, quizá—enérgica y voluntariamente entregado al mensaje que la obra poética ha llevado a su alma. *El poema, en fin, justifica*, ejercita una acción catártica, purgativa, sobre la intimidad de quien por un momento lo ha hecho suyo. ¿Cuántos filisteísmos burgueses no se han sentido momentáneamente «purificados» por una lectura de Lamartine, de Bécquer o, ya en nuestros días, de Valéry o de Juan Ramón?

Mi reflexión sobre el espíritu de la poesía española contemporánea va a ser fiel a estos supuestos. Pero lo será, por ineludible necesidad, de un modo doblemente restricto. Será limitada en la intención del análisis, porque sólo voy a considerar en esa poesía su íntima sensibilidad ante los problemas fundamentales de la vida humana; esto es, su condición de «vidente» y «reveladora» de una actitud espiritual. Yo no soy fiel contraste de bellezas, sino modesto indagador de verdades, y a esta limitación de mi ser atempero la índole y el alcance de mi empeño. Mi reflexión, por otra parte, va a quedar restringida a una parcela de la contemporaneidad. De todos los poetas españoles contemporáneos—tantos y tan preclaros—sólo atenderé a los más rigurosamente contemporáneos; esto es, a los que todavía no doblaron el cabo de los cuarenta años. La relativa precocidad de la expresión lírica hace lícita y hasta conveniente mi restricción. La cual no acaba ahí, porque de la pléyade de nuestros líricos aquende la cuarentena—ved sus nombres en *Poesía española actual*, la excelente antología de Alfonso Moreno—voy a elegir, con relativa arbitrariedad, tres nombres: los nombres de Leopoldo Panero, Dionisio Ridruejo y José María Valverde. En la obra más reciente de estos tres poetas vamos a ver expre-

sado y representado el espíritu de la poesía española contemporánea.

Bueno será que os los presente. Leopoldo Panero está en la linde de los treinta y nueve años. Es leonés, de Astorga. Cursó Leyes en Valladolid y Madrid; asistió luego a las Universidades de Cambridge, Tours y Poitiers. En la revista *Cruz y Raya* conoció a Luis Rosales y a Luis Felipe Vivanco, cuya íntima trina amistad es uno de los sucesos decisivos en la historia de la poesía española actual. Se casó en 1941 y, después de una estancia en Londres, como Secretario del Instituto de España, reside en Madrid. Su obra más importante es el poema lírico *La estancia vacía*, del cual sólo ha publicado un largo fragmento (más de mil versos) en la revista *Escorial*. He aquí la semblanza que de Leopoldo Panero ha escrito José María Valverde en la dedicatoria de sus últimos poemas:

A ti, Leopoldo, amigo mio,
como una encina, quieto y grande;
a tu silencio de laguna
con el reflejo de unas aves.
Del fondo oscuro de tus aguas
brota tu voz, lenta y dormida,
y alza una niebla melancólica
de perdón y sabiduría.
Como un hermano mayor, me hablas
de aquellos años de que has vuelto,
en que tú estabas por las tierras
y yo en la infancia de mis sueños,
A ti, Leopoldo, amigo grande,
a tu tristeza antigua y dulce,
como dejada entre las manos
de Aquel que en su callar nos une.

Dionisio Ridruejo es castellano viejo, de tierras de Soria, y anda por el filo de los treinta y seis años. Estudió Derecho en El Escorial. Luego ha promovido en España no pocas empresas nobles, entre ellas la revista *Escorial*, fundada en 1940 por él, Luis Rosales, Antonio Marichalar y yo. Su con-

dición de español «rico de aventura» le ha llevado por caminos de España y Europa, desde el Teide a la línea de fuego de Nowgorod. Contrajo matrimonio en 1944 y reside en Barcelona. Luis Rosales ha dibujado en verso la figura de Ridruejo:

¿Cómo nace un recuerdo? Alegremente
destacaba en la sombra tu silueta
descarnada, pequeña, fina y dulce,
cansado el gesto y sin cansar la fuerza;
el cabello castaño —cuando ríes
la risa te reclina la cabeza—,
la piel áspera y pálida; la boca
desdibujada, exánime y risueña,
y un ademán convaleciente y claro
de corazón con luz y entre la niebla.
Recuerdo que tú hablabas descansando
todo el cuerpo en la voz, y tu voz era
la que llevaba al mundo de la mano
amplia, segura, convencida, cierta.

Dionisio Ridruejo ha publicado varios libros de verso. En su producción destacan varias hermosas elegías, compuestas en 1944 y 1945, de las cuales proceden todos los fragmentos que dan pábulo a mi reflexión.

José María Valverde es un mozo de veintidós años, que este curso dió término a su licenciatura en Filosofía. Nació en Extremadura, pero desde su primera infancia reside en Madrid. Ha publicado, bajo el título de *Hombre de Dios* (Madrid, 1945), un volumen de salmos, elegías y oraciones; de él y de varios poemas inéditos han sido tomados los textos de mi análisis. Valverde es alto, enjuto, desgarbado, de faz aguda y morena. Su rostro de adolescente expresa todavía el asombro que su propia voz poética le produce: una voz grave, sutil, animosamente triste.

Leopoldo Panero, sereno y hondo; Dionisio Ridruejo, diverso y claro; José María Valverde, asombrado y triste, van a ser los espejos en que miraremos la sensibilidad de los jóvenes españoles frente a los problemas radicales de la existencia humana. Pocos testigos son para el historiador del es-

píritu tan valiosos como el poeta. La carencia de finalidad utilitaria convierte a la obra de arte, y más al poema lírico, en un testimonio totalmente veraz: «veraz en sí misma—ha escrito Dilthey—, hállase perceptible, duradera y fija ante nosotros, y así es posible su segura comprensión. Nace así un dominio intermedio entre el saber y la acción, en el cual la vida se revela en una profundidad inaccesible a la observación, a la reflexión y a la teoría» (1).

En tres dominios exploraré las intuiciones de nuestros poetas. El primero, *la vivencia del cosmos.* ¿Qué es para los actuales líricos de España el mundo visible; qué son las cosas integradoras de ese mundo? A continuación, lo que llamaré *el tiempo del hombre:* el testimonio del poeta acerca de la temporalidad de su propia existencia, su relación consigo mismo como ser que vive sucesivamente. Por fin, las expresiones en torno al límite y al sentido de la personal existencia del cantor; o, con otras palabras, la posición del poeta ante *las ultimidades de la vida humana.* Tales van a ser los puertos de nuestro periplo a través de la poesía española más reciente.

Entre dos métodos cabía elegir para emprender esta inquisitiva travesía: el que da preeminencia a la unidad de la obra poética y el que la concede al tema estudiado. He elegido éste. Sin crueldad, quirúrgicamente, aislaré en la viviente unidad de cada una de las tres obras los fragmentos pertinentes a un tema y los agruparé de modo orgánico bajo su enunciado. Veremos, pues, juntas y seriadas las personales intuiciones del cosmos de los tres poetas elegidos; y así procederé al tratar los temas restantes. Advertido lo cual, comencemos la tentadora pesquisa.

LA VIVENCIA DEL COSMOS

Define a la adolescencia del hombre, entre otras mudanzas, la conversión de las «cosas» en «objetos». El niño juega

(1) *Gesammelte Schriften,* VII, 207.

con las cosas o se asusta *de* ellas, pero no se sitúa *ante* su real objetividad. Buytendijk ha visto en el amor admirativo la raíz del proceso psicológico en cuya virtud puede el hombre contemplar objetivamente la realidad exterior: «La admiración preñada de amor—ha escrito—obliga al sujeto a una actitud respetuosa frente al objeto; le fuerza a no cogerlo, incluso a no querer poseerlo *conceptualmente*, sino a contemplarlo olvidándose de sí mismo» (1). Las cosas del mundo en torno no dejan de ser centros de incitación placentera o desplaciente; pero, «además», hácense a los ojos del hombre realidades autónomas, existentes y valiosas por sí mismas.

Las cosas se han trocado en objetos reales. ¿Cómo entenderá la mente del hombre esos objetos? Una respuesta parece ineludible: según la índole de su alma; y, por tanto, en alguna medida, según su situación histórica. El poeta idealista verá en los objetos exteriores creaciones de su propio espíritu; otros los mirarán como una mera concreción de percepciones sensoriales; algunos, como cuerpos espontáneos, internamente animados por la vida universal; quiénes, como símbolos más o menos inteligibles de una realidad omnipotente y omnisignificativa... Las posibilidades de la interpretación son múltiples. Entonces, ¿cómo ven el mundo y las realidades que le integran esos tres poetas representativos de nuestra sensibilidad? ¿Qué nos revela su poesía en orden a la vivencia del cosmos?

Oigamos la voz triste, íntima, de José María Valverde, nuestro benjamín. Su delicado espíritu de adolescente teme —frecuente signo de adolescencia—la sorpresa inminente de lo que es pura posibilidad:

Yo, que siempre he llevado en el fondo del alma,
detrás de las memorias y de las esperanzas,
un miedo, un miedo inmenso a todo lo posible.

---

(1) *Psychologie des animaux*, Paris, 1928, y *Sobre la diferencia esencial entre el animal y el hombre*, «Revista de Occidente», núms. 153 y 154, 1936.

El temor del poeta a la posibilidad—luego veremos lo que hay en su fondo—se trueca, por contraste, en apoyo de su ser sobre la circunstante realidad. Lo posible angustia; lo real sustenta. Las cosas reales pueden ser pobres a los ojos del hombre que espera mucho; pero, a la postre, basta con que sean seguras. Si el alma del hombre no queda, no puede quedar en las cosas, la resistente seguridad de éstas a los ojos que las miran hácelas cauce y cimiento del ensueño. Los objetos exteriores, existentes por sí mismos, realmente reales, son, por lo pronto, pasiva y sugestiva habitación de nuestro espíritu:

No es en ti, realidad. Tú dame solamente
un paisaje seguro, un camino diario,
una humilde certeza que poblar con el alma.

Sí, son reales las cosas, subsisten allende la existencia del hombre que las contempla. Cuando cae la nieve sobre la más próxima parcela del universo,

debajo de las formas esfumadas
en su esencial recuerdo,
nace la verdad honda de las cosas
ajenas a mi tiempo.

Tanta necesidad tiene el poeta de esta subsistente realidad de los objetos exteriores, que no teme morir,

... con tal de que las cosas
sigan intactas, como cuando estaba con ellas.

¿Qué son esas cosas reales? Son la calzada de la existencia caminante, su incitador paisaje, su habitada compañía. Pero la realidad de las cosas no se agota en sí misma, ni siquiera en el apoyo que presta al ser del hombre. Las cosas son también señales disparadas hacia el espíritu que las contempla:

... son la pregunta abandonada
del hombre, cuando el hombre se ha callado.

Dos sentidos tiene esa urgente pregunta. Uno de ellos nos revela la radical indigencia de las cosas, menesterosas de un espíritu capaz de transfigurarlas y ensalzarlas cuando las percibe con dilección. Los hombres somos necesarios al cosmos, tendido como un perro a los pies de nuestro espíritu:

Sin nosotros el mundo está disperso y vano.
Sus torpes voces locas nos buscan al azar.
Los ocasos se queman en inútil derroche...

y así, una de las misiones del poeta consiste en hacer palabra esas mudas voces que las cosas son, sólo por existir y no poder expresarse:

Porque si no existiéramos, ¿para qué tantas cosas
inútiles y bellas como Dios ha creado?

La pregunta de las cosas y la indigencia ontológica que ella revela nos muestra, además, la realidad fundamental, infinita y creadora de quien las hace ser y vivir. La subsistencia del mundo es radicalmente deficiente:

Nieve sólo es el mundo, un débil manto
que disfraza lo negro de la nada;

pero debajo de esa negra nihilidad late el fuego y la lumbre de un Ser Supremo, creador y providente:

Mas la fría apariencia indiferente
tiene un oculto fuego;
tras de la nada, una sabiduría
las rige a favor nuestro.

Las cosas son, por tanto, «máscaras de Dios», pozos en cuyo oscuro seno se oculta la presencia del Señor, testimonios vivos y visibles de Su existencia alzados en vilo por Su mano, agitados, movidos hacia nosotros por el temblor de Su sangre. El universo entero es a los ojos del poeta una habitable teofanía. Todo se concierta ahora. La angustia de existir—ese

pavor de nuestra existencia ante la nuda posibilidad—halla así dulce lenitivo en la realidad del mundo; la flor, la luz, las personas en torno son mensajes

que desde el negro fondo de la nada aparecen
para tranquilizarnos del miedo original;

las rosas del jardín en mayo, lechos en que reposa la angustia del poeta y testimonios de que Dios no le olvida; la realidad, amor de Dios:

... Cuanto existe es amor,
amor que Dios nos tiene es el puñado breve
de días que gastamos; su amor son estas cosas
de ignorante apariencia, sumisas a las manos;
sus caricias, el viento; su velar, las estrellas;
aunque su amor a veces, para no consumirnos,
como sol entre nubes, se aparezca a los ojos
como sabiduría, disfrazado de ser.

La existencia del poeta en el mundo acaba siendo puro salmo, íntima gratulación. Una viviente unidad de significación concierta las diversas partes del Universo y las convierte hacia la Divinidad:

Y el mundo es una blanca comunión de las tierras,
la distancia se borra como herida curada,
vuelta canción ligera, voz de los horizontes.
Siento extenderse en torno llanuras, como coros
la luz del sol, que hermana los montes y los valles
que entonan una misma nota sin variación:
en sólo una presencia, hecha música de alma.

El espíritu del hombre es el cauce activo por donde el mundo, hecho ordenada música, asciende hacia su Creador y consigue definitiva plenitud.

¿Qué nos dirá, a la vista del mundo, la voz grave y entera de Dionisio Ridruejo?

... Tu voz era
la que llevaba al mundo de la mano,
amplia, segura, convencida, cierta,

hemos oído que le decía Luis Rosales. Es verdad. Pero esa voz nos trae noticia de muy diversos avatares ante la realidad de las cosas. La vida del poeta, rica y diversa, hace múltiple, cambiante, la intuición del cosmos. La tierra es en ocasiones el lecho viviente con que se funde, anonadando a la persona, la caliente vitalidad del animal humano:

Oh, tierra, a pleno día, patente y engañosa,
poseyéndome y dándote como un dichoso olvido,
mientras la vida rauda por venas y por huesos
tornaba sucesiva, como el caudal, al cauce;

y es otras veces una inmensa realidad cósmica y misteriosa en que el espíritu del hombre se siente perdido:

Pongo, oh tierra vencida,
mi corazón abierto a las estrellas
ahora que me has dejado perdido en el misterio.

El poeta puede ver en la tierra un osario insaciable, un fecundo regazo juvenil que constantemente rebrota, y también una gozosa armonía pitagórica. Así en un recuerdo de la mocedad:

el todo era un puro embeleso geométrico.
que destilaba miel hacia mi corazón.

Cuando joven, reposaba el alma en la genérica unidad de las cosas, ordenadas en orbes bien delimitados:

Era bastante el álamo para seguir viviendo...
Porque era, y lucía, y solamente era;

luego, con la primera madurez, descubre la inagotable diversidad del mundo:

Antes, desde su idea bajabas a las cosas;
ahora vagas por entre aquellas cosas que existen, que te llevan,
que te piden un nombre singular y preciso.

La vida multímoda y vehemente va descubriendo en el cosmos todas sus posibilidades de manifestación. ¿Cabe, no obstante, señalar los hitos entre los cuales queda circunscrita tanta diversidad? Creo que sí. Cuatro parecen ser, en efecto, los momentos esenciales en la intuición cósmica de Dionisio Ridruejo. Es el primero la pura, la objetiva realidad del mundo exterior, cuando se le mira con ojos sencillos:

Amiga mía, tierra,
qué perfección sin más. Y yo pasaba.

Ante el árbol y el pájaro, el hombre transeúnte y mudadizo advierte en primer término la entidad acabada, la aparente perfección de la criatura natural. Así los ojos antiguos y sencillos de Teócrito y Aristóteles. Pero el pasar afecta también a la tierra; y cuando el hombre lo aprende, siente también en el cosmos el dolor de su irremediable fugacidad:

la tierra duele si la cruza el tiempo,

confiesa expresivamente el poeta, y en otro lugar nos dice su certidumbre

de que el cirro morado del atardecer
no es más fugaz que la soberbia cordillera.

Si el hombre pasa sobre el mundo y si la figura del mundo pasa también—el «esquema del mundo», como a los corintios decía San Pablo (I *Cor.* VII, 31-32)—, ¿puede extrañar tanta variabilidad en las intuiciones? Dejemos, sin embargo, la ofuscante diversidad de lo que se ve; anotemos tan sólo esa aparición del dolor en el alma de quien mira, y consignemos luego la inevitable consecuencia: el mundo visible, tan rico y acabado en su apariencia, es en su realidad pobre,

insuficiente. Lo es en sí mismo porque carece de expresión, porque su existencia queda forzada a su oscura opacidad. Así el mar, cuando resuella con ruido

que nunca liberó su enigma en la palabra.

Es insuficiente, también, porque su aparente grandeza queda envuelta por el espíritu del hombre, capaz de incluirle, hecho idea, dentro de sí; por eso el poeta se declara insatisfecho ante el espectáculo del universo:

Halla mi corazón una nostalgia
que jamás han saciado tus espacios
y es de mayor volumen que tu tiempo.

De ahí que el corazón menesteroso de plenitud pida algo más que la tierra y los cielos visibles:

¿A qué sol que no tiene limitación ni cuerpo,
a qué inefable, propio, nutritivo rocío
se abren su encogimiento y su sed implorante?

El amor, la belleza, el heroísmo, la sabiduría, el ensueño, todo cuanto en la vida del hombre tiene un origen más alto que la tierra—«el espíritu todo — tan poderosamente desierto y suplicante»—se levanta contra el peso inmenso e insuficiente del cosmos. El poeta, recluído en sí mismo, hecho silencio, soledad y esperanza, adivina la realidad de Dios —creadora, infinita—en el seno mismo de la tierra que le envuelve:

Entonces el milagro,
Entonces, como el vuelo sencillo de la garza,
como el gracioso brinco del corcel en la espuma,

.....

como el prodigio de la luz que hacía
reales a las cosas sin mudarlas de esencia.
sentí que era creado por Dios sobre tu polvo.

Sentí a Dios, a mi Dios... clamando en lo más hondo
de la raíz del ser que tú desamparabas.

dice a la tierra materna y deficiente.

La mente del poeta ha cumplido las cuatro etapas de su camino. El cosmos ha sido sucesivamente aparente perfección, realidad fugaz, dolorosa insuficiencia y, al fin, testimonio visible de la invisible Divinidad creadora. Ahora ya puede el alma reposar en la contemplación de las cosas, porque su belleza tiene fundamento firme y raíz de eternidad su tránsito:

Un bálsamo de amor consolaba a las cosas
y mis ojos volvían a recobrar su oficio
de ver piadosamente y de maravillarse.

Los objetos exteriores—las rosas de mayo, los olmos de octubre, las nieves de enero—son, sí, mensajeros que hacen saber al hombre su condición de desterrado; pero su hermosura, dotada ya de sentido, es capaz de colmar el instante en que se ofrece a la mirada:

saciándome el instante
a eterna saciedad me preparaban.

La tierra es ahora posesión del hombre, cántico de ofrecimiento, viático del espíritu humano en su viaje hacia Dios. El cantor siente cómo Dios rige la libertad de su pupila y le adivina en lo hondo de sí

dejándome mirar para llevarme
toda mi tierra a eternidad conmigo.

El alma de Dionisio Ridruejo ha conquistado trabajosamente su definitiva serenidad. El alma de Leopoldo Panero, nativamente serena, posee el propio sosiego como un don divino. Pero no es mármol su poesía, el mármol cincelado, perfecto e inhumano de los dioses antiguos, sino palabra a la

vez segura y temblorosa, sangre que se sabe espíritu, anhelo transparente y contenido. Desnuda, sola, iluminada, su intimidad poética, vertida casi siempre hacia la transfiguración de su propio recuerdo, atenta sólo a la esencia de sí misma, va haciendo luminoso el misterio del mundo:

Lo que toca la mano Dios lo siente.
Lo que el alma contempla Dios lo sabe.
Estamos tan desnudos como el ave
que se torna volando transparente.

Las cosas son reales, resisten al ojo que las mira. Ante la cumbre de Sierra Nevada,

la mirada resbala por la nieve;

resbala sobre ella, la acaricia, la circunda, no la penetra. Más aún que resistentes, las cosas son relieves pregnantes de activa realidad, criaturas que se adelantan, vehementes, hacia los sentidos del hombre. Oíd, si no, este recuerdo de la infancia:

Los pies descalzos
en las losas del puerto, al pie del noble
barco viejo pintado de tristeza,
de lento gris, en verde diluído
tras el primer blancor, mientras descargan
de la mar en montones rezumantes
de luz, los peces vivos, soleados,
que se escurren, que tiemblan, que sonrosan
hasta un súbito azul las manos llenas
de su latir secreto; los pies leves,
resbaladizos, con frescura suya,
chapotean, se mueven en el suelo,
y un tráfago desnudo se retrata
en las piedras sombrías.

Cuantas veces mira el poeta hacia el mundo que le rodea —léanse, por ejemplo, sus *Versos al Guadarrama*—, nos hace sentir la clara, la bien dibujada, la rica, la eficiente realidad

de las cosas naturales. Pero esas cosas no se limitan a ser; le dicen algo, le acompañan, le mudan:

mi corazón es otro
el pie de las montañas, entre pinos
y abetos rumorosos
resonando en el aire de la tarde.

¿Cuál es el nuevo estado a que llega el corazón? ¿Qué dicen al oído del poeta los rumores del mundo? ¿Por qué ante la realidad de las cosas advierte, sereno, la esencia última de su acompañada soledad, la cristalina desnudez de un espíritu a la vez eterno y sucesivo?

¡Alegre, alegre luz innumerable,
donde empieza la muerte mi desvelo
y la sangre de todo se desnuda!,

clama, dulcemente herido por el viejo recuerdo de un estío junto al pinar. «Lo que el alma contempla, Dios lo sabe», nos ha dicho. Mas también el poeta. Detrás de la belleza del mundo está Dios, un Dios pitagórico y personal, el Dios cristiano.

Sobre las rocas cárdenas, fluyente
con nitidez y música de esfera,
parece resonar, tras la ladera,
la limpia anchura donde Dios se siente.

Dios es el fundamento de la armonía del mundo, mas también es la fuerza que le mueve:

Lejos, lejos,
tenue, profundamente, comprobamos
la voluntad de Dios en las estrellas;

y también es Dios la realidad infinita, personal y creadora que, desde lo hondo de las criaturas, habla con ellas al espíritu del hombre:

¡Señor, Señor que nos hablas
con la luz y con el viento
y con la noche estrellada!

Sin esfuerzo, sin lucha, serenamente, el poeta ha descubierto en la belleza de las cosas, tras la entidad de las cosas, la voz callada e inmensa de Dios, y a él se entrega:

Lejos,
lejos, tras la hermosura más sensible.
tras la tersa apariencia de un instante.
me entrego a Tu bondad desconocida.
a Tu perdón sin límites: la noche.

A través de una experiencia lírica puramente humana, el alma se ha puesto en la linde misma de su «noche oscura». Tras ese verso de Leopoldo Panero, pueden empezar ya los de San Juan de la Cruz.

EL TIEMPO DEL HOMBRE

Vengamos ahora al tiempo del hombre; oigamos lo que confiesan nuestros poetas acerca de la temporalidad de su propia existencia. «El tiempo es el número del movimiento», dicen los filósofos desde Aristóteles. Aceptemos provisionalmente la vieja y discutida fórmula. Mas para aceptarla habremos de distinguir cuatro modos distintos de movimiento: el de las cosas inanimadas, el astro o la piedra; el de los seres vivientes, la acacia o el caballo; el de las personas corporales, el guerrero en la batalla o el pintor ante el lienzo; y, por fin, el secreto e invisible movimiento del alma en el seno de la intimidad personal. La carrera del astro tiene por número el escrito en el reloj. Si es cierta la definición de Aristóteles, ¿cuáles serán los «números» con que deben ser medidos el proceso biológico, la acción histórica y la fluencia de la intimidad? No es este el momento de ensayar una respuesta. Me contentaré con señalar que el movimiento a que

preferentemente se orienta la mirada de nuestros poetas—y, por lo tanto, el tiempo que en su poesía intenta expresar—es la doble operación de la persona humana: hacia afuera, en forma de acciones biográficas e históricas; hacia adentro, bajo especie de idea, recuerdo y esperanza o temor. La idea expresa el movimiento de nuestro espíritu en torno a lo presente; el recuerdo, nuestro quieto movimiento hacia el pasado; la esperanza y el temor, los movimientos de la intimidad hacia el futuro personal.

Contemplemos al poeta Dionisio Ridruejo ante su propio tiempo; veámosle «en la soledad del tiempo», según el título de uno de sus libros. Pero en el tiempo poético de Dionisio Ridruejo —quiero decir: en su vivencia poética del tiempo propio—cabe deslindar dos planos de diferente profundidad. El más superficial se halla compuesto por la huella que la historia ha ido dejando en el alma del poeta; el más profundo, por los testimonios relativos a la personal, íntima sucesión de su humana existencia. Instalado en el plano superficial de su tiempo propio, el poeta habla y canta como «un hombre» de su época, de esta época. Replegado, en cambio, a la zona honda de su propia sucesividad, se expresa como «el hombre» que él es.

Veamos el poso de la historia en la obra lírica de este poeta «rico de aventura». Nos habla de sus años de adolescencia, cuando consideraba posible y hacedero un mundo histórico perfecto:

El mundo era un empeño que tenía su forma,

una hermosa redondez con la mínima deformidad capaz de hacerle incitante:

poniendo a lo perfecto la sal de lo futuro,

Quien tan hermosa ha soñado su esperanza; quien luego, en la linde de la primera madurez, ha visto el estrago de una guerra planetaria incapaz de hallar sentido al dolor y a la

ruina que produjo; quien percibe bajo sus pies la zozobra de una crisis universal y oye en torno a sí, con creciente estruendo, voces de ciega amenaza; quien contempla cómo prevalece el apetito sobre el espíritu, ¿es extraño que sienta su situación histórica de europeo como un

desierto de los hombres sin ayer ni mañana,
desierto de los hombres desiertos que golpean
su voz contra la tierra para encontrar un eco?

El hombre, carne y espíritu, reniega de éste y quiere tomar la forma de aquélla, agotar la operación de su ser en los caminos del instinto. Ha pretendido ser Dios de su historia, pero sólo con voluntad de carne, no con voluntad de espíritu, y al fin ha sido envuelto por su propia obra y forzado a la triste soberbia de ser esclavo anónimo; porque

... la tierra se adueña del hombre
cuando ha sido la obra y la forma de la carne del hombre.
.....
Mirad, mirad al hombre talado de sí mismo,
contemplad su soberbia cuando la ola crece
con su preñada multitud y brilla.

Es inevitable una íntima angustia frente «al mañana terreno desnudamente frágil». El alma del poeta teme por el noble pasado en que todavía reposa:

¿Todo será anegado para que el hombre vuelva
a ganar su destino de paloma
que nace y torna al arca con un ramo de olivo?

Pero el hombre es imagen de Dios, aunque se esfuerce por desconocerlo; y es terca su inmortalidad, aunque él pretenda negarla a diario con su existencia terrenal. ¿Puede la obra de la carne vencer al sueño del espíritu? En este momento, el poeta se repliega a la intimidad de su puro presente. Quien se sabe espíritu, sabe también que no puede mo-

rir. Quien se siente espejo de todos los hombres capaces de soñar

—este tiempo es el mío y el de todos los hombres
que lastimeramente me invaden las entrañas—,

ha de proclamar dentro de sí la común esperanza incoercible. «Tenue presente mío, brotas tímidamente...», dice, vuelto hacia sí. Bajo la turbia amenaza circunstante, ¿cuál puede ser la estructura de ese presente en que el poeta se refugia? ¿Cuáles son sus dimensiones positivas? En todo presente se articulan un recuerdo, un impulso de autoafirmación y una esperanza. Bajo la amenaza,el recuerdo de lo que fué y todavía está siendo se transfigura y presta inédito valor a cuanto se posee:

La amenaza, la incierta amenaza,
ha traído a mis ojos esta luz embellecedora,
esta luz de avaricia o de amor ante las cosas que aún no se han extinguido.

El impulso de autoafirmación es el sentimiento de la propia vida, la oscura noticia de que la sangre sigue corriendo por las venas «tan confiada y pura como recién nacida». Vivir como hombre entero es gritar un «todavía» permanente, poner de continuo una instancia de aurora o de pórtico en el vago horizonte del tiempo:

Porque también soy carne cuando canto
y la carne se obstina y clama: todavía.

En el recinto de su «todavía» quiere residir el poeta, y desde él vive su tiempo personal como esperanza. No es, no puede ser aquella redonda y utópica esperanza juvenil en el futuro del mundo. Al contrario. Esta esperanza recién nacida puede existir sólo porque la utopía ha sido desterrada del tiempo y convertida en canon:

Porque la Edad de Oro, cuando se ha desterrado del tiempo,
espera en el espíritu a que el hombre regrese
y como una secreta y mágica armonía
va vertiendo a sus cánones cuanto en el mundo yace.

Esta Edad de Oro no es un tiempo histórico, sino una idea ejemplar en la mente de Dios. Vivir humanamente es ya algo más que decir «todavía»: es suceder en Dios, regresar día a día—torcidamente, quizá—hacia el lugar que en esa divina Edad de Oro tiene cada hombre, ir salvando en la propia existencia

cada gesto, rumor, ensueño o apariencia,
la creación pequeña que nos fué encomendada.

Vivir humanamente es haberse desterrado de Dios y saber que la personal, íntima sucesión puede ser un retorno en que el hombre va naciendo cada día. Este es el mensaje que los poetas deben llevar a los hombres:

Sí, vosotros, poetas;
los siempre interrogantes, extrañados y solos,
siempre en un parpadeo sobre la eternidad que el corazón enseña;
vosotros que sois hombres puestos en el extremo de la hombría
para devolver a los otros, velados por su sangre,
su noble melancolía de dioses desterrados.

Vivir humanamente es sentir «el hambre dolorosa de Dios en la memoria» y saber que si el tiempo de la vida es despliegue, el tiempo de la intimidad—nuestro tiempo más nuestro—es un repliegue hacia la eternidad del hombre en Dios. El poeta ha descubierto, al fin, el secreto sentido de su insegura sucesión:

Ya cada día nazco
seguro de nacer contra la muerte
y cada día canto y me embeleso.
Tengo lo que me das y es suficiente
Dichoso estoy del ave y de la estrella,

de la flor, y del alba, y de los hombres
que se dejan amar aunque no amen.
Líquido estoy, Señor, y en tí confluyo.
De piedra soy, Señor, y en tí me fijas.
Fluyente mientras Tú me abundas tanto,
invulnerable mientras Tú me tengas.

Puesto Dionisio Ridruejo ante el problema de su tiempo, su peripecia poética ha sido una esforzada lucha hacia el sentimiento de la propia y personal eternidad. Frente a ese mismo problema, la rara serenidad poética de Leopoldo Panero, instalada *ab initio*, como naturalmente, en la más honda raíz de su intimidad, intuye sin esfuerzo que la sucesión de su ser de hombre no es sino la carrera del niño a quien sujetan los brazos de la madre. «Soy el huésped del tiempo», dice de sí mismo. Huésped, no víctima. Por eso puede paladear con tan morosa y dulce melancolía el mundo de sus recuerdos. *La estancia vacía*, el máximo poema de Panero —y uno de los más originales e importantes de toda la lírica española—, es una visión de sus propios recuerdos *desde dentro* de ellos mismos; no según su figura externa, como los que suelen relatar los biógrafos de sí mismos, sino según su íntima relación con la entidad presente del poeta y, por lo tanto, según la certidumbre que éste tiene de su personal inserción en la eternidad. El tránsito trae inevitablemente la angustia de sentirlo, pero una angustia limitada, poseedora de causa final suficiente:

Y sé que vivo,
oigo latir mi corazón y vivo.
Sé que vivo, Señor, y que mi angustia
es parte de Tu ser, y que es Tu esencia
mi última identidad.

escribe Panero en el arranque mismo de su obra poética. Y pocos años más tarde:

¡El más pequeño
minuto del vivir en Dios empieza!

Para quien así entiende su propia sucesión, recordar equivale a gozar melancólicamente la plenitud de estar siendo; es recibir de Dios el don de la memoria, y con ella la integridad actual del propio ser. Cuando el poeta vuelve, sediento de recuerdos, a los lugares de su infancia,

en su propio descanso a Dios encuentra
como un niño dormido poco a poco
en la dulce memoria venturosa.

La estancia vacía, autobiografía lírica del poeta—o, mejor, «autoontografía»—era, por tanto, casi tan naturalmente necesaria en su vida como el fruto tras la flor en la vida del vegetal. El poeta ha quedado solo con sus recuerdos, consigo mismo. Ante su mirada, su propio tiempo, extáticamente vivido. En torno a su tiempo y en la raíz de sí mismo, la eternidad de Dios. La existencia solitaria, apoyada en Dios, es casi plenitud. La angustia es sólo sed:

Estoy solo, Señor. Respiro a ciegas
el olor virginal de Tu palabra.
Y empiezo a comprender mi propia muerte;
mi angustia original; mi dios salobre.
Crédulamente miro cada día
crecer la soledad tras las montañas.
Y mientras juego en los desnudos patios
es como un peso enorme Tu silencio.
Tu silencio, Señor. Camino a oscuras
a través de mi alma. Estoy yo solo.
Estoy solo, Señor, en Tu mirada.
y conozco la sed que Te adivina
lleno de limpidez sobre la cumbre;

y a poco:

Tu mirada
me cerca de quietud como una isla
en el centro de un lago.

En medio del mundo, el creyente reposo del poeta en la mirada de Dios briza y sosiega su angustia de suceder huma-

namente. En su corazón desnudo y diáfano puede ya transmutarse el recuerdo en puro ser actual y, por lo tanto, en esperanza. La conversión de los recuerdos en esperanzas es, en efecto, el modo temporal de ser y sentirse eterno.

¿Qué nos dirá de su propia temporalidad nuestro José María Valverde, el adolescente temeroso de todo lo posible? Valverde, como Ridruejo, tiene un alma abierta a la historia. En la conciencia poética de su pertenencia al tiempo hay también dos planos, el de la sucesión histórica y el de la íntima vicisitud personal. Pero Valverde es casi tres lustros más joven que Ridruejo. Su infancia y su primera juventud sólo han visto en torno a sí la ruina del mundo con que soñaba:

Cuando yo era pequeño soñaba con Europa...
He crecido escuchando a lo lejos sus bosques,
sus ciudades con niebla y brisa de campanas,
con ríos legendarios bajo puentes de piedra...

Esa amarga experiencia inicial promueve en su espíritu diversas operaciones consecutivas. La primera, una transfiguración de la realidad soñada y perdida: Europa queda en el alma con la pureza de un sueño,

a salvo de los años y de la realidad triste;
clara como una madre que no hemos conocido.

Viene luego el llanto del poeta sobre la desolación que le ofrece su propia circunstancia. El mundo ha perdido su capacidad de prestar compañía tibia a los hombres que en él viven; no hay en él coloquios, sino alegatos: terrible limitación del habla humana;

y lo que era una estancia cotidiana y dorada
en que nuestros menudos dolores se absolvían
se ha vuelto una infinita oquedad en tinieblas
donde sólo se escuchan las voces de los pueblos.

Puesto que los hombres proclaman y cumplen la destrucción de lo antiguo, quienes ahora nacen sienten como amputado su ser, carente de la honda dimensión que le otorga la memoria cuando falta o es mínima la transición entre lo recordado y lo visto. Valverde, hombre entero, no quiere y no puede ser Adán:

Este es el tiempo triste de nacer con recuerdos.
Cuando yo vine al mundo habían muerto cosas
que he crecido esperando.

Vuelve al alma del poeta, incoercible, su nativo temor a la posibilidad, al modo del tiempo en que consisten la biografía y la historia:

Un aire diferente va a envolver nuestras flores;
veremos nuestras horas con otra luz distinta.
Mucha amargura viene; y entre el dolor de todos
el alma, lentamente, tendrá que acostumbrarse,
muertas sus ilusiones, a seguir existiendo...

Pero Valverde, como Ridruejo, no es un poeta épico; no tiene su voz para gastarla en tenues elegías sobre el dolor de la historia. Su voz más propia es genuinamente lírica, intimista, y de llorar sobre «los tiempos» pronto retorna a expresar «el tiempo» personal, la vivencia de su íntima sucesividad. El poeta entra en sí mismo y nos dice con velada pasión lo que para él es «ir pasando».

Comienza por buscar, claro, lo mismo que todos cuantos han pretendido hacer vida íntima verdadera: el silencio, el *sanctum silentium* de quienes buscan a Dios dentro de sí. El silencio irá borrando en su alma esos recuerdos sin entidad real que le perturban, tan vagos que casi llegan a ser anhelos insatisfechos:

... los últimos recuerdos que me hieren
lentísimos recuerdos sin forma ni sustancia,
sombra más bien, o sangre o carne casi,
con raíces que entraron mientras iba creciendo,

Desnudo de recuerdos, el poeta conquista la pura posesión de su presente puro. ¿Qué es entonces su existir? ¿Qué es suceder cuando el hombre está solo consigo mismo, ajeno a los recuerdos y temores que no le pertenecen? Es, por lo pronto, sentir la propia deficiencia; o, si se quiere, la deficiencia del ser humano. Es verse obligado a decir a Dios:

Señor, no estás conmigo aunque te nombre siempre.
.....
Eres un mar lejano que a veces no se oye.
No estás dentro de mí. Siento tu negro hueco
devorando mi entraña como una hambrienta boca.

Y es también descubrir desde dentro lo que todos saben y dicen desde fuera; que vivir es desnacer, perder posibilidades de ser, morir cada día. Que es, en suma, decirse a sí mismo:

Sí, moriré; despacio,
desnudo de lo que hoy hace mi vida.
quedándome, en la lucha con la muerte,
sólo con lo que es mío.

Cabría esperar ahora una poesía como la de Unamuno: sedienta e insegura de Dios, agónica e incierta de la propia inmortalidad. Nada menos certero. La fe religiosa de Valverde es honda, viva, afirmada; él es de los que nunca han dejado de ver a Dios

... con la luz de la infancia
y una sutil neblina de porvenir y muerte,

y si dice a Dios «No estás dentro de mí», sus palabras, como el «Estando ausente de Ti», de Santa Teresa, no se refieren a su ser de hombre, sino a su vida. Es el sosiego, no la angustia, lo que el poeta descubre desde la desnuda y creyente existencia en su presente puro. El ser ensimismado y extático del poeta es ahora capaz de advertir la riqueza de lo que es y pasa. Decía Platón que sólo el amigo de la sabiduría

puede saber cuánto goce procura el espectáculo de la realidad. Dígase otro tanto de cualquier repliegue del hombre a su intimidad:

... las cosas pasan más deprisa
que nuestros ojos pueden contemplarlas,
Para soñar cada minuto,
vivido, un año haría falta,

escribe Valverde desde dentro de sí. Y si es dolor «la forma con que pasa el tiempo por nosotros», también es posible ver en ese pasar lo que en él enriquece y ayuda al que pasa. También es edificación el tiempo, cuando el que sucede está fundado sobre la eternidad:

El tiempo es otra lluvia.
un auxilio obstinado
hacia el hombre...

El tiempo íntimo es, para cada hombre, la ocasión de hacer definitiva y completa su propia eternidad. El sentimiento de la eternidad personal puede ser a veces tan vehemente—cuando el hombre, contemplando, se extasía—, que el tiempo parece quiescencia lograda y terminante. Así el de Valverde una tarde de primavera:

Tal debe ser lo eterno,
lo mismo que esta tarde, colmada, satisfecha,
sin derivar en busca de perfección, inmóvil.
Y hay tanta eternidad disuelta en estas horas
que ya ignoro mis años.

Pero si el tiempo del hombre es pura, absoluta angustia cuando se le imagina vacío de eternidad, también debe ser cierta la proposición recíproca: que la eternidad del hombre no es concebible si no asume en sí, hechas memoria acabada, la piel y la carne de este tiempo en que la figura de esa eternidad nuestra fué edificada:

Así en la eternidad nuestro recuerdo
tendrá el tiempo y las cosas,
igual que el caminante detenido en el monte
tiene en la mano el valle con su río,
y el pueblo de campanas dormidas como pájaros.

Ya los recuerdos tienen un sentido. Ya el hombre puede verlos como un consuelo de su tránsito. Ya la esperanza de lo que luego se podrá recordar puede encenderse en el espíritu del hombre y descender a su vida. Ya el poeta puede escribir, vencido su hondísimo temor a la posibilidad:

Siento confusamente el alma insatisfecha
y le digo: «Mañana podremos, alma mía».

El tiempo, nuestro esencial enemigo, ha sido definitivamente vencido por los poetas españoles. No negándolo, ni huyendo de él, sino considerándolo—sencilla, radicalmente— desde la eternidad en que el tiempo humano se funda.

LAS ULTIMIDADES DE LA EXISTENCIA

De las postrimerías del hombre, una, la muerte, es patente e innegable; las otras, invisibles y creídas. Pero la patencia y la seguridad de la muerte en la existencia del hombre no suponen necesariamente su consideración por el alma de quienes viven. Hay épocas y personas tanatófugas; las hay también tanatópetas. Compárese, por lo que al pensamiento filosófico atañe, la especulación de Descartes, tan desconocedora del hecho de la muerte, con la especulación de Heidegger, un constante *memento mori* ontológico. En la actual poesía española, poesía del hombre entero, alienta el tema de la muerte. La muerte, sin embargo, puede ser para la mente del hombre cosas muy distintas. Puede ser, por lo que toca a la índole del suceso, aniquilación o tránsito, reducción a la nada o paso a otro modo de vivir. Puede ser también, por lo que atañe al modo de advertirla, experien-

cia externa o experiencia íntima, visión de la muerte ajena o lúcido sentimiento de la propia en el suceder personal.

Vaya por delante una previsible afirmación: para nuestros poetas, la muerte es siempre tránsito y casi siempre experiencia íntima. Aun cuando no falte en su obra la visión poética de la muerte del prójimo—ahí está la hermosa elegía de Dionisio Ridruejo a la muerte de Samuel Ros, ahí el soneto de Leopoldo Panero *A un joven vecino muerto*—, el morir suele ser en ella el advertimiento que el poeta hace de su continuo tránsito hacia su postrimería. Por toda la actual poesía española corre como un hálito vivificante la clara conciencia de la finitud, del límite del hombre. Vivificante, sí. Porque la doble finitud del ente humano—la finitud ontológica de la criatura, la finitud espacial y temporal del ser viviente—es concebida cristianamente como la expresión real de nuestra constitutiva eternidad. La realidad infinita y creadora de Dios envuelve y conserva en el ser a la realidad creada del hombre: de ahí la finitud de éste. Pero Dios ha querido crear al hombre a su imagen y semejanza, y de ahí la eternidad de la criatura humana. Ni siquiera es preciso apelar al dato revelado. ¿Podría entenderse adecuadamente la real estructura de la existencia humana no viendo en ella, junto a su finitud y a su sucesividad, su esencial eternidad? La eternidad del hombre se constituye y expresa en su propia finitud y en la terrenal, temporal sucesión de su existencia.

Oíd cómo Leopoldo Panero percibe su propio morir:

¡deja, Señor, que mi esperanza siga
y lentamente que la muerte vaya
dejándome desnudo y descubierto!

La vida del hombre auténtico consiste para el poeta en esperar, en seguir esperando y en quedar desnudo de nuestros accidentes por obra del morir cotidiano. Tan pronto como el cantor se queda solo con el problema de su humana exis

tencia, advierte dentro de ella su esencial, constitutiva mortalidad:

Estoy solo, Señor. Respiro a ciegas
el olor virginal de tu palabra
y empiezo a comprender mi propia muerte.

Pero la muerte del hombre no es sino la conquista definitiva de su personal eternidad. «Vivimos junto a Dios eternamente», escribe Panero. Y en el recuerdo de sus muertos ve una instancia hacia la compañía eterna que le han de prestar allende su propio tránsito:

Ay, vosotros,
vosotros, delicados, impalpables,
remotos en mi sangre, cada día
hechos con mi sustancia, afán de un sueño
hacia la eternidad.

Vivir es ir muriendo; esto es, ir constituyendo definitivamente la eternidad que nos viene de ser imagen de Dios. Así lo ve el poeta en la noche de San Silvestre:

... noche pura
por donde viene el tiempo a nuestro encuentro.
Del último minuto desasida
la gota se derrama, pero dura
el latido de Dios que queda dentro.

Existir humanamente es, en suma, flotar con levedad en la mirada de Dios, ir reclinando la vida terrenal en la vida futura:

Todo yo, Cristo mío
todo mi corazón sin mengua, entero,
virginal y encendido se reclina
en la futura vida como el árbol
y la enflora y verdea.

Los dos planos de la finitud del hombre—su finitud ontológica, su finitud fáctica—alcanzan en la vida eterna la plenitud y el ápice de su sentido.

A través de su mundo interior de adolescente

—lleno de ávidos pozos, de agujeros
que de repente se abren a la nada—,

no es distinta la experiencia poética de José María Valverde. Valverde vive alertadamente su propia muerte. A veces con temor de su carne viviente a lo que los ojos del cuerpo no ven:

¡Tengo miedo a ese pozo vacío
a esa noche sin fondo, aunque esté Dios detrás!
Con el instinto oscuro
del animal, del árbol, de la piedra.
tengo miedo a la muerte...;

mas también la vive con la voluntad de hacer de ella un acto personal: «dame—alzarme a ti con tu presentimiento», pide en su *Oración a la muerte*. Su nombre, pensado sin descanso, le hará quedar «desnudo, escueto y puro», despojado de todo lo accidental. Oscuramente sentida o lúcidamente esperada, la muerte es, sin embargo, un don de Dios:

Y la mano de Dios también está en la muerte.
.....
Ved la muerte; mirad cómo Dios nos la endulza
y nos lleva hacia ella de la mano.

¿Puede acaso no ser un don de Dios el salto que nos pone en su presencia, el camino necesario hacia un modo de ser en que hasta el cuerpo gozará de una insospechable perfección?

Seremos diferentes, claros, bellos,
y seguiremos siendo nosotros, sin embargo...,

dice Valverde a su propio cuerpo. Un Dios creador y promisor envuelve y sostiene a la existencia del hombre, presta significación y última meta a su angustia:

Ya comprendo esa angustia de no encontrar reposo
que no me deja quieto en ningún sitio;
eres Tú con tu sed.
¡Señor, cómo me tienes!

¿Y no es también éste el sentimiento de las ultimidades de su existencia que a través de su peculiar personalidad expresa la poesía de Dionisio Ridruejo? Tan pronto como entra en sí mismo, descubre en sí, quevedescamente, la transparente seguridad de su muerte:

Fuera la sangre, el tiempo y la tormenta.
Y, dentro, un fugitivo que se emplaza
para el día absoluto del encuentro.

Muere el hombre en sí mismo y muere también en la muerte de los demás, porque todos se llevan un fragmento de una vida posible:

No has muerto tú tan sólo,
este yo que era en ti también ha muerto.
.....
También yo era esa parte que podría haber sido
y que matas muriendo,

gime Ridruejo ante el cuerpo del amigo difunto. Pero la muerte no aniquila. El dolor de ver muerto al amigo se ve súbitamente iluminado por la certidumbre de que la muerte es el área de la mutua comunicación entre el tiempo y la eternidad, entre el ir dejando de ser y un definitivo llegar a ser, entre la vida que muere y la vida que nace. Su alma descubre

aquel punto invisible por donde caen los muertos
y por donde la vida regresa extrañamente,
deslumbrada de ser, cegándome a menudo,
diciéndome, callándome, su secreto inefable.

Por donde cae la vida y los muertos regresan.
¿De dónde te levantas, oh triste amigo mío?
Oh, ¿qué quieres, amigo radiante y poderoso?
Aquel punto se abría y de repente era
—oh pórtico de Dios—la eternidad más clara.

Esto es morir: adquirir terminante eternidad, llegar a ser para siempre el único de uno mismo, después de tanta diversidad temporal. El poeta sabe que será juzgado por sus esperanzas, combates, dudas, ardores, patentes a la mirada de Dios:

Tú sólo los conoces.
transfigurados bajo mi persona
y hechos puro cristal, porque ya estoy sereno.
.....
Tú también los conoces
y tú me juzgarás también por ellos
cuando atando los cabos, en tu trono,
hagas, al fin, mi único.

La vida del poeta, diáfana de su íntimo ser—«Dios va manando hacia mi ser mi vida», escribe—le hace comprender el límite y el sentido de su existencia. Dios ha puesto siempre junto al hombre, aunque éste no lo supiera, un jardín donde llovía su alegría, un pozo y un ciprés donde se arremansaban la melancolía y la esperanza:

y en ellos siempre amor, amor con velos
ha sido senda hacia Su luz la tierra.

BALANCE FINAL

Este es, así es el espíritu de la joven poesía española. Una docena de nombres hubiesen podido ser añadidos a los de Panero, Ridruejo y Valverde; y a la cabeza de ellos, claro, el de Luis Rosales. En todos ellos, salvadas las necesarias diferencias de sensibilidad, formación y hondura—levemente caóticas, a veces—, late un mismo espíritu. Quiero

decir: prevalece una misma orientación frente a los problemas cardinales de la existencia. Permítaseme definir ese espíritu común mediante sus dos notas más esenciales.

La actual poesía española es—antes lo apunté—una *poesía del hombre entero*. No siempre ha sido así. Recordemos, a título de ejemplo más próxixmo, el contenido de la poesía española entre 1926 y 1928. Su calidad estética y su perfección formal eran altísimas; pero—hoy lo advertimos todos con plena claridad—era humanamente incompleta: faltaban en ella no pocas provincias del corazón (o se disfrazaban de «pureza», igual da); faltaba, sobre todo, el problema de la relación del hombre con Dios. «La generación *del Centenario de Góngora*—ha escrito Valverde—nos ha dejado una prodigiosa explotación de *lo puro*, poesía pura (Guillén) o gracia pura (Federico), pero no algo que pueda adquirir para nosotros los herederos rango de un orden espiritual.» Desde los poetas de la generación del 98—Unamuno, los Machado—no pocas de las dimensiones del hombre se habían volatilizado en la lírica española.

¿Cuándo aconteció el viraje hacia la preocupación poética por los problemas del hombre entero? Dámaso Alonso cree que poco después de 1930 inició el grupo del Centenario de Góngora su descubrimiento de la pasión. Leopoldo Panero ha discutido con él acerca de tal aserto. No entro en la lid. Pero si tuviese que elegir el momento en que ya es plenaria la conquista del hombre entero por la poesía española, señalaría el de la publicación del espléndido poema de Luis Rosales titulado *Misericordia*: año 1935, páginas finales del libro *Abril*. Desde entonces, todos los motivos de una existencia íntegramente humana—la religiosidad, el amor, las formas de la convivencia entre los hombres, la pasión, la contemplación del mundo, la intelección de la vida y las cosas, la muerte, las gracias del vivir cotidiano, el contenido de la intimidad—reaparecen en la obra de los poetas españoles.

La segunda nota definitoria de nuestra actual poesía es *su honda y deliberada religiosidad cristiana*. Cuidado: no digo

que nuestra poesía sea apologética; digo que es religiosa y cristiana. Es cristiana líricamente, desde dentro, no para conseguir *ad extra* un objetivo distinto del puro cántico. Puesto el poeta frente cualquier problema humano—la belleza y la significación del mundo exterior, el amor, la realidad del prójimo, el propio vivir, la muerte, nuestra finitud ávida de infinito—en las palabras con que expresa su intuición poética transparece inequívocamente una interpretación cristiana. En los dos principales líricos del 98—Unamuno, Antonio Machado—operaba humana y poéticamente el problema de Dios; pero su religiosidad era agónica y renuente a la fe que confesaban buscar. Era su fe, a lo sumo, el anhelo de fe de aquel padre de que nos habla San Marcos; el que decía «¡Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad!» (*Marc.*, IX, 23). En cambio, todos los poetas que antes he nombrado harían suyos estos sencillos y sinceros versos de Leopoldo Panero:

Y en Ti, Señor, me siento
unido libremente a cuanto vive
después de su apariencia entre nosotros,
después que su hermosura palidece,
después que es imposible,
mientras arde el amor en mi sustancia
igual que en la tiniebla las estrellas
movidas por Tu impulso.
Señor, creo.

Así cantan su intimidad nuestros poetas. Mientras las fuerzas de la carne hacen estremecer los quicios del planeta, ese sentido de la vida humana, servido por un entero corazón, es lo que nosotros ofrecemos al mundo y defendemos del mundo.

Madrid, julio de 1948.